



CONSELLO  
DA CULTURA  
GALEGA

SEMINARIO INTERDISCIPLINAR  
**O(S) SENTIDO(S) DA(S) CULTURA(S)**  
COORDINADO POR RAMÓN MAIZ

# **ORIGEN, APOGEO Y OCASO DE UNA SUBCULTURA POLÍTICA TERRITORIAL LAS REGIONES ROJAS EN ITALIA**

---

**Mario Caciagli**

---

**Xoves, 21 de xaneiro de 2010**

**17:00 horas**

**Consello da Cultura Galega**



### **Mario Caciagli**

Mario Caciagli é catedrático de Ciencia Política na Universidade de Florencia. Foi profesor nas Universidades de Catania e de Padova e profesor visitante en diversas universidades europeas.

En 1979 foi un dos fundadores da *Società italiana di studi elettorali*, sendo presidente da mesma desde 1983 a 1986 e presidente honorario na actualidade. Desde 1980 é director da revista semestral *Quaderni dell'Osservatorio elettorale*.

Entre os seus libros publicados en España destacan: *Elecciones y partidos políticos en la transición española* (Madrid, 1986); *Clientelismo, corrupción y criminalidad organizada* (Madrid, 1996); *Regiones de Europa. Autogobierno, regionalismos, integración europea* (Valencia, 2006).

Na actualidade está traballando no libro *Que rojo era mi valle*, resultado de 25 anos de investigación sobre a cultura política dunha zona da Toscana.

## ORIGEN, APOGEO Y OCASO DE UNA SUBCULTURA POLÍTICA TERRITORIAL LAS REGIONES ROJAS EN ITALIA

---

### 1. Un sentido de cultura: las subculturas políticas territoriales

Me parece oportuno explicar, introduciendo el tema, que sentido tiene en mi discurso “cultura política” dentro del marco de mi disciplina, la ciencia política.

Los padres fundadores del paradigma “cultura política” fueron a finales de los años cincuenta algunos politólogos estadounidenses, especialmente Gabriel Almond y Sydney Verba, que propusieron este nuevo enfoque para analizar, por supuesto, los sistemas políticos y sus diferentes niveles de desarrollo. Los padres fundadores eran conscientes de que la cultura política de un estado no sea homogénea. Pero mantenían que sólo el camino hacia la homogeneidad podía garantizar la estabilidad de los sistemas políticos y la eficiencia de sus gobiernos. La existencia de subculturas políticas diferenciadas de cualquier comunidad, era presente en su operación pero la consideraban particularidades, hasta incluso desviaciones, respecto a la cultura política dominante, y destinadas a ser absorbidas por esta última.

Al contrario, debemos tener en cuenta que dentro de un estado las culturas políticas son plurales y distintas, y solo tienen igual peso y dignidad. Hay la cultura política de los jóvenes o de las mujeres, la de los negros o de los inmigrantes, la de los católicos o de los protestantes, de los gallegos o de los andaluces. Las primeras tienen que ver con edad, sexo, etnia, religión. El último ejemplo tiene que ver con el territorio. Existen por lo tanto, para utilizar un término que proponen los alemanes, las *Teilkulturen*, culturas parciales.

Esto por un lado.

Por otro lado la crítica de las últimas décadas a los padres fundadores, con todo el respeto que merecen, se ha apuntado sobre el sentido de la cultura política como dimensión subjetiva. Ellos entendían con cultura política las actitudes, orientaciones y creencias de los individuos particulares frente a los acontecimientos y las instituciones de su sistema político.

En la actualidad la ciencia política ha encontrado un nuevo consenso teórico y metodológico para resolver los problemas de este paradigma.

La cultura política es seguramente manifestación de opiniones y actitudes de individuos, pero es algo más complejo y amplio. La cultura política es algo que se realiza en un red de relaciones sociales, dentro grupos cuyos miembros interactúan, compartiendo status, ethos y lenguaje. La cultura política no es solamente opinión de superficie, sino que se sustancia en ideas y valores, en símbolos y normas, en mitos y ritos propios de una comunidad, forjando una mentalidad y creando hábitos. Se expresa en comportamientos concretos y reiterados, influye sobre la manera de vivir la política y de realizar las practicas consecuentes.

Se realiza en redes de estructuras materiales. Estructuras dentro de las cuales una cultura nace, es elaborada, se difunde y se transmite. Puede tratarse de agencias de socialización, como la familia, la escuela, la prensa u otro medios de comunicación (la televisión). O de formas organizadas pre-políticas. O, por supuesto, puede tratarse de partidos, sindicatos, iglesias.

La misma estructura socio-económica influye sobre la formación de una cultura o puede ser influenciada por una cultura. Esta interacciona con formas de poder formales e informales.

Factores genéticos de una cultura política son experiencias colectivas que han marcado, en particulares circunstancias (puntos de cambio, de ruptura), a una comunidad. Estas experiencias siguen produciendo sus efectos sobre los miembros de las sucesivas generaciones, que tal vez tampoco perciben concientemente esta influencia. Cuando hay memoria - y hay memoria - esta memoria es selectiva.

La cultura política tiene que ser ubicada en un contexto histórico de larga duración. Como tiene que ser ubicada en un territorio, que no es solamente un espacio físico, sino el producto de la obra de las poblaciones que allí han vivido y viven.

Esta compleja mezcla exige, se entiende, métodos y técnicas precipuos.

Instrumento importante de análisis queda la encuesta de opinión. Pero estas encuestas observan el aspecto exterior, superficial (en el sentido de la palabra: la superficie, repito), exploran movimiento de opinión a corto plazo. Observan la opinión publica, no reconstruyen una cultura.

Sirven datos duros, datos estadísticos, datos electorales, datos económicos. Sirven entrevistas en profundidad, sirve la observación participante. Hay que utilizar historias de vida, biografías, memorias y crónicas, películas de cine, obras literarias. Por supuesto, necesaria es la documentación histórica.

El resultado de las investigaciones de esta naturaleza son *narraciones*.

En esta ponencia voy exactamente a expresar una narración. Mi narración resulta de una experiencia de investigación que tiene un cuarto de siglo. Durante 25 años, a partir de 1984, he puesto bajo observación – utilizando el material histórico-empírico y las técnicas (particularmente entrevistas en profundidad) que poco antes decía – una zona de la más rojas de una región roja, la Toscana. Confrontando continuamente con otras similares en otras partes de Toscana y de las regiones limítrofes, rojas ellas mismas.

Ante de llegar a la narración concreta, reputo oportuno insertarla en el marco de las más importantes culturas política regionales europeas.

## **2. Culturas políticas territoriales en Europa y en Italia : las rojas y las blancas (o negras)**

No existen, luego, culturas políticas homogéneas en los estados europeos.

A lo largo de los siglos en Europa duraderos asentamientos humanos, vicisitudes político-institucionales y multiplicidad de lenguas y de costumbres han dividido y subdividido los territorios. Desarrollos históricos y experiencias colectivas, confesiones religiosas y conjuntos de valores, autoridades políticas y principios, estructuras económicas y sistemas diferentes de convivencia social, clases sociales y vida cotidiana comunitaria has surcado las tierras de Europa y han contribuido a la constitución de culturas políticas parciales a nivel de territorios regionales dentro estados unitarios.

Entre las culturas políticas regionales ha habido algunas que se han identificado con una precisa ideología, la socialista y comunista por un lado, la católica por el otro. Estas dos culturas políticas han jugado un papel central en algunos sistemas europeos. Aún difundándose por todo el territorio de los estados nacionales, siendo la clase para unos y la religión para otros los puntos de referencia universales, las dos culturas

echaron raíces de forma más vasta y profunda en algunos de los territorios subestatales.

El fenómeno ha sido evidente en Francia, Alemania, Austria e Italia. En Italia, donde más que en otras partes han caracterizado el sistema político del siglo XX y donde más han sido estudiadas, se las denomina *subcultura roja* y *subcultura blanca*, mientras que en Alemania y en Austria respectivamente *roja* y *negra*. En Francia la única que ha tenido importancia ha sido la *roja*.

En Alemania, hasta la llegada al poder del nazismo en 1933, regiones rojas fueron la Turingia y la Saxonía, llamadas respectivamente “baluarte rojo” y “reino rojo”. Berlín también fue la sede de una subcultura roja. Durante medio siglo, los altos niveles de afiliación al Partido Socialdemócrata, antes, y, después, al Partido Comunista también, los porcentajes de votos, las organizaciones colaterales, las casas del pueblo, las cooperativas de consumo, periódicos y libros, bibliotecas y círculos deportivos, teatros y asociaciones culturales, municipios, usos y costumbres proletarios en las ciudades y los suburbios industriales hicieron de estas regiones la expresión más sólida de la cultura de izquierda en Alemania.

Entre las dos guerras mundiales el Partido Socialista de Austria fue el partido más fuerte del socialismo europeo. Pretendía ser un partido obrero: casi toda sus organizaciones paralelas tenían como atributo “obrero”- grupos de filatélicos o de libres pensadores, corales o círculos de ajedrez, jardines de infancia o escuelas de partido, excursionistas o clubes de lectura. Todo esto se concentraba en Viena, donde los socialistas desarrollaron una especie de estado del bienestar, con alojamientos populares, clínicas, gimnasios, incluido el Karl-Marx-Hof, una ciudad jardín para obreros.

Después de la Segunda Guerra Mundial Viena se volvió a ser roja, pero solo desde el punto de vista electoral. Todo aquello que había forjado la cultura política no fue recuperado.

El Partido Comunista Francés se convirtió en partido de masas a raíz de la victoria en las elecciones municipales de 1935 y la del Frente Popular en 1936. En torno a los municipios conquistados el PCF construyó esa red de instituciones conocida por los franceses como “*couronne*”, que constituyó propiamente esta subcultura política. Esto se dio en varias zonas de Francia, pero de forma más duradera en la *banlieue* parisina, en las aglomeraciones periféricas donde ya se había dado una secular tradición de izquierda, se

había empezado la industrialización, habían surgido las grandes fábricas (como la Citroën y la Renault) y había crecido de manera abundante y compacta la clase obrera. Durante los años Treinta y Cuarenta los alrededores de París fueron “tierra comunista”, siendo la identificación espacial, con las fábricas y con el territorio un elemento central de la cultura política predominante. Como esa cultura era en esencia una cultura obrera se hundió por la brutal desindustrialización de los años Setenta y Ochenta.

En Austria como en Alemania los orígenes de la cultura regional *negra*, como dicen ellos, pueden hacerse remontar incluso a la Reforma y a la Contrarreforma, época en la cual la Alemania meridional se convierte en dominio del catolicismo. Cuando llegó la lucha política moderna fueron las organizaciones católicas, las estructuras prepolíticas que servirían de trampolín a las políticas.

El baluarte austriaco fue el Tirol contra el estado central en defensa del catolicismo tradicional y del pequeño campesinado. Las plazas fuertes tradicionales de los católicos alemanes han sido la Renania y, sobre todo, la Baviera. Los partidos católicos siempre han obtenido altísimos porcentajes de voto, respaldado por el tejido de las parroquias y de las asociaciones confesionales.

Vengo por fin a Italia. El reino de Italia nació en 1861 con un sistema político de elites aristócratas y burgueses, con un sufragio restringido y limitado, con la exclusión de las masas de los canales políticos.

La contraposición al Estado liberal, burgués y centralista fue el primer rasgo de las subculturas políticas en el Estado liberal. Fue un rasgo común de ambas, de la subcultura blanca como de la roja.

El segundo rasgo común fue una implantación en determinadas regiones de la península. La roja instalándose en las regiones de Emilia-Romaña y Toscana, más tarde en Umbría. La blanca en el Veneto y en algunas provincias del Norte, entre ellas en la provincia toscana de Lucca.

Ambas las subculturas, caracterizando el sistema político italiano de la Primera República, han proporcionado una de las claves interpretativas del funcionamiento del sistema mismo.

### **3. Origen y desarrollo de la cultura regional roja en Italia**

La Toscana había sido hasta la Unidad de Italia (1861) un Granducado independiente, donde las reformas de

los lustrados habían reducido, especialmente en las ciudades grandes o pequeñas, el poder y la influencia de la Iglesia. Emilia y Romaña (como la Umbría) habían formado parte del Estado de la Iglesia y por eso, como reacción, tenían una tradición de anticlericalismo.

En estas regiones el Partido Socialista, fundado en 1892, fue el heredero de movimientos laicistas, anarquistas o republicanos que tenían, entre otras, una *inspiración anti-estatista y anti-centralista*.

En el Valle del Po donde los jornaleros, los obreros agrícolas, formaban la mayoría de la base del partido, la componente clasista era más fuerte. En las pequeñas ciudades de Emilia e de Toscana los fundadores del partido, coligados con los obreros de la primera industrialización, eran artesanos, pequeños empresarios y maestros de escuela. Por eso la componente clasista era menos fuerte y fuerte la preocupación de salvaguardar esto tipo de interés.

Los socialistas ganaron diputados en Roma y alcaldes en sus regiones. Los dirigentes, por su tradición democrática y radical, fueron fieles a los principios y a los programas de federalismo y de autonomías locales.

Durante la primera década del siglo XX, marcada por un proceso de democratización del sistema oligárquico italiano, el Partido Socialista realizó el “socialismo municipal”. El localismo, entendido como exigencia libertaria, exprimía también la voluntad de defender las comunidades amenazada por el estado y por el mercado capitalista y de hacerse cargo de intereses diferentes pero reputados convergentes de artesanos y pequeños empresarios.

*En estas actitudes ocurre ver una de las precondiciones del modelo de desarrollo económico con el aporte de la política local de medio siglo después .*

El municipalismo socialista quería decir escuelas primarias, seguridad sanitaria, obras públicas. A lado del municipio y del partido se formaban cooperativas y ligas sindicales, cámaras del trabajo y casas del pueblo, organizaciones de asistencia a enfermos y ancianos. Los socialista montaban fiestas y celebraciones (el 1. de Mayo que fue prohibido ser celebrado hasta el nuevo siglo), desfiles y huelgas. Tenían cantos y bandas, banderas rojas y símbolos. Anunciaban una nueva religión, mientras condenaban la vieja. Lograron introducir en amplios estratos sociales costumbres, creencias y valores de una escatología, el socialismo como “futura



humanidad". Con las estructuras, con los ritos y con los mitos fundaron una cultura política.

Estimulando prácticas de socialización política, lanzaron *modalidades del comportamiento político moderno como la participación ciudadana y la participación electoral* – rasgos de una cultura que se han mantenido hasta hoy.

Hasta la primera guerra mundial los socialistas no lograron penetrar, especialmente en Toscana y Umbría, el campesinado, compuesto en mayoría por aparceros. Los aparceros no eran para los socialistas verdaderos proletarios.

Los aparceros entraron sin embargo en la política durante la primera guerra mundial. La guerra, con los jóvenes varones al frente y los viejos y las mujeres en la miseria, fue un formidable factor de movilización política. Durante el conflicto los campesinos empezaron a organizar desfiles y protesta entrando en las calles de las ciudades; después de la guerra hubo grandes huelgas y se concretizó la politización de aquellos que formaban la parte más grande de la fuerza de trabajo en las tres regiones. Una politización a la izquierda, por supuesto. Con las elecciones municipales del año 1920 casi todos los municipios de Emilia-Romaña, Toscana y Umbría cayeron en manos de los socialistas.

Inmediatamente después llegó la represión fascista. El movimiento fascista fue sobre todo un fenómeno de propietarios agrarios contra la movilización de los aparceros. Municipios y ligas socialistas fueron disueltos con la violencia antes que Mussolini llegara al poder en octubre de 1922. Una de las primeras disposiciones legislativas del gobierno Mussolini, en noviembre, fue la eliminación de los acuerdos logrados por los sindicatos campesinos que habían suprimido antiguas obligaciones y abierto relaciones de trabajo modernas.

Durante el régimen siguieron otras leyes que empeoraron las condiciones económicas, sociales y humanas de los campesinos de Emilia, Toscana y Umbría. Los aparceros fueron pues la única clase social que nunca aceptó el fascismo. Por eso *el antifascismo también ocupaba un lugar central en el sistema de valores de la cultura roja durante la Primera Republica*.

Durante los años treinta el Partido Comunista montó una red clandestina, débil pero tenaz, de propaganda en el campo, aprovechando así del resentimiento antifascista de los aparceros. Esta experiencia colectiva,

conservada en la memoria de los viejos, ha influenciado hasta hace poco tiempo la conciencia de dos o tres generaciones, formando parte de una mentalidad, de una cultura política.

#### **4. Después de la dictadura fascista: la refundación**

La Resistencia, la lucha armada a lado de los aliados contra los fascistas y lo nazis, fu otra gran experiencia colectiva, aún más incisiva y decisiva. Menos en Centro de Italia, pero sí en el Valle del Po de manera contundente, los campesinos contribuyeron con formas diversas a la Resistencia, los jóvenes combatiendo y los ancianos y las mujeres tanto procurando víveres y asistencia a los partisanos como ayudando a militares italianos desertores y a extranjeros fugitivos. Los campesinos entendieron aquella lucha como el momento de arreglar las cuentas con el fascismo y como lucha de clase para conquistar la tierra y para su emancipación (de aquí la intensa participación de las mujeres).

El Partido Comunista, fuerza política hegemónica de la Resistencia en estas regiones, apoyó las reivindicaciones de los aparceros y coronó su instalación en el campo. La movilización de los aparceros durante la última fase de la guerra y las luchas sindicales de la posguerra constituyeron el motor de la expansión del Partido Comunista también en la zonas donde existía una tradición de catolicismo social (Norte-Este de la Toscana) o de republicanismo (Romaña).

Se puede decir que la movilización de los aparceros, que tenía pues su origen en el movimiento socialista del pre-fascismo, *refundió* la cultura territorial roja. *Esta clase social hizo su irrupción definitiva en la escena política*, yendo a constituir la base de masas del Partido Comunista.

Esto fue el *primer elemento* de la refundación. Hace falta volver a recordar que estas regiones fueron hasta al final del los años cincuenta regiones agrícolas y los aparceros eran la parte más grande de la población.

El Partido Comunista fue el heredero de la cantidad más relevante del electorado del viejo Partido Socialista, logrando extenderla a todos los campesinos y, muy importante, a las campesinas, que – como todas las mujeres italianas – obtuvieron por primer vez el derecho de votar en 1946 en las primeras elecciones municipales libres y en las elecciones para la Asamblea constituyente. En las elecciones de 1946 a 1953 se

formó el así dicho “cinturón rojo de la aparcería”, es decir una serie contigua de provincias del Sur de la Toscana hasta el río Po – en estas provincias hasta su desaparición el Partido Comunista Italiano ganó los porcentajes más altos de votos. *Sin la aportación de los aparceros no se explica la fuerza electoral del PCI en el sistema político italiano.*

Junto con los obreros de las grandes ciudades del Norte los aparceros constituyeron también la parte más grande de los afiliados al partido.

El *segundo elemento* que justifica la categoría de la refundación de la cultura roja después del fascismo fue el cambio en las relaciones de fuerza entre los partidos de izquierda: en las regiones rojas el comunista sucedió al socialista. El número de los afiliados de las regiones rojas permaneció siempre alto, aumentando continuamente su porcentaje sobre el total nacional hasta ser incluso desproporcionado, reclutando el partido a partir de los años sesenta la mitad de sus afiliados en Emilia-Romaña, Toscana y Umbría.

Partido más sólido del Socialista, el Comunista se puso al centro de todas los ligámenes y de todas las dinámicas de la cultura política regional. Entorno al partido se articuló la red de las asociaciones, de los sindicatos, de los municipios. “El” partido fue el eje de toda la vida social, no solamente de la política. Los ritos de las celebraciones (fechas como el uno de mayo, pero también el 25 de abril, día aniversario de la Liberación del nazi-fascismo) y de las fiestas populares (central cada año la “Festa dell’Unità” - *l’Unità* era el cotidiano del partido - en todos los pueblos), los símbolos (banderas, pañuelos, hoz y martillo), los comportamientos individuales marcados por un alto nivel de politización, encima de todo la participación electoral. Todo esto animaba la vida cotidiana en las regiones rojas.

*Tercero elemento* de novedad de la posguerra fue el mito de la Unión Soviética, el estado modelo de la sociedad del futuro, donde reinaban armonía y felicidad. Donde se desarrollaba la industrialización y florecía la agricultura, donde había abundancia de bienes para todos.

La fe en el partido y la pulsión escatológica hacia la Unión Soviética alimentaron el espíritu de lucha de obreros y campesinos durante la primera década de la República, cuando las condiciones de vida de las clases populares eran muy duras. Las regiones rojas se entendieron entonces como una fortaleza sitiada que

resistía a la opresión del capital y de los gobiernos centrales, defendiendo su propia autonomía y esperando la palingenesia revolucionaria que tenía que llegar del Este.

Estas creencias reforzaron también el deseo de cambio que los aparceros cultivaban. Después de las luchas para la repartición de los productos del campo, que terminó a mitad de los años cincuenta, los aparceros abandonaron el campo para entrar en la corriente de la industrialización.

Las mismas creencias siguieron inspirando la orientación hacia al “nuevo”, una orientación que, con mitos o sin mitos, era el valor dinámico de las sociedades y de los poderes locales. En los años sesenta el “nuevo” llegara, siendo sin embargo de orden muy diferente de lo imaginado y esperado.

## **5. Subcultura política y desarrollo económico: las gloriosas décadas de los sesenta y de los setenta**

Si los años cuarenta y cincuenta fueron los años heroicos de la subcultura roja, esa alcanzó en los sesenta y setenta su apogeo, sea como nivel de radicación, sea como solidez. Durante las dos décadas maduró el modelo económico de las pequeñas y medianas empresas industriales, que vino a sustituir casi integralmente la antigua sociedad agrícola.

El poderoso desarrollo económico y el contundente cambio social, que aquel modelo aportó, ha asegurado crecimiento, bienestar y estabilidad social. El Partido Comunista con sus gobiernos locales, los municipios y las regiones, y su red de asociaciones de todo tipo logró controlar estos cambios o por lo menos acompañarlo. Sus afiliados y sus electores, en primer lugar los aparceros, fueron los protagonistas de la “grande transformación” de la agricultura a la industria.

Los aparceros y sus hijos se transformaron en obreros especializados y en pequeños empresarios. La defensa de las “clases medias productivas”, como sonaba el programa comunista en estas regiones, y la defensa del sistema económico local estaban en la tradición del municipalismo socialista de cincuenta años atrás. La cultura política dominante, donde la ética del trabajo se mantuvo central, contribuyó a la formación y consolidación del modelo. Cultura cívica y capacidad de gobernar, solidarismo y sentido de la comunidad con apertura hacia las novedades fueron los ingredientes que ayudaron este desarrollo armonioso.

Desde un punto de vista político, en los años setenta la subcultura roja logró integrar las variadas oleadas de los movimientos sociales (estudiantes, nuevos obreros, feministas), ampliando el apoyo electoral al Partido Comunista, que tocó su cumbre a la mitad de la década.

L'integración entre sociedad política y sociedad civil pareció completa. Atrás de estos sucesos adelantaba sin embargo el comienzo de la crisis.

## **6. Una lenta agonía**

El proceso de la crisis ha sido largo desde los años ochenta hasta hoy, ocultado tal vez por la continuidad del comportamiento electoral de los ciudadanos de estas regiones. Pero la orientación electoral aún siendo un indicador fuerte de una cultura política, queda un elemento necesario pero no suficiente. Siendo el sentido de cultura, por supuesto, una síndrome compleja.

La sociedad ha sido transformada. A esta nueva transformación han contribuido y contribuyen: el proceso de modernización, la avanzada de la secularización, la difusión de los medios de comunicación de masa, la movilidad cotidiana y otros factores más. Las clases sociales se han mezclado, los costumbres de las nuevas generaciones son muy diferentes de aquellos de las viejas. Paradójicamente el bienestar producido por la industrialización y por el enorme crecimiento económico, controlado y favorecido por la sociedad política, se ha vuelto contra de ella.

En el intercambio político las relaciones ideológicas iban perdiendo lentamente su importancia frente a las relaciones pragmáticas. La adhesión fundada en la tradición, la identidad y la cultura iba perdiendo posiciones frente a la adhesión relacionada con las demandas concretas y las motivaciones racionales.

Durante los años ochenta las consecuencias de un nuevo *boom* económico y de un rápido cambio social fueron fuertes en las regiones rojas. La debilidad estratégica del Partido Comunista y su dificultad en acompañar la evolución de la sociedad, que había logrado hacerlo en el pasado, habían ya abierto una crisis en el partido mismo. En 1987 llegaron en las regiones rojas las primeras bajas electorales del Partido Comunista que durante cuarenta años había conocido solamente aumentos. Fue el comienzo del declino.

La red de las estructuras no tenían como antes, los vínculos solidarios se iban disolviendo, las antiguas

agencias de socialización iban dejando de funcionar.

Los opulentos años ochenta, acreciendo el bienestar y cambiando las relaciones entre los individuos y las generaciones habían producido la decadencia de los antiguos valores comunitarios favoreciendo el individualismo y el consumismo. Las casas del pueblo, las asociaciones del tiempo libre, las fiestas de *l'Unità* iban perdiendo muchas de sus funciones de comunicación política et de transmisión de una específica cultura. El sindicato y los gobiernos locales eran acusados de no ser más capaces de abordar los nuevos desafíos y de solucionar los problemas mas graves. El partido era criticado dentro de su interior por aquellos que poco después tenían que asistir a su disolución.

Sobre esta realidad ya frágil y desorientada cayó el Muro de Berlin. La caída del Muro de Berlin y el hundimiento de los sistemas del Este llevaron al cambio del nombre del partido, que abandonó el adjetivo “comunista” después de setenta años. El “pueblo comunista” se quedó desorientado, como señalaron la participación a los debates de los congresos y las derrotas electorales. Vino después la escisión de la minoría que creó el Partido de la Refundación Comunista.

Vino sobretodo en aquel 1991 el derrumbe de la Unión Soviética. De verdad, el juicio entusiasta de l'Unión Soviética y la fidelidad a la “patria del socialismo” había sido siempre utilizados por los investigadores como indicadores de la pertenencia a la subcultura roja. La revolución rusa era unos de los mitos fundadores del partido y un valor persistente de la cultura roja de la posguerra, como hemos visto. De repente la Unión Sovietica desapareció: su desaparición llevó consigo esperanzas e ilusiones, para algunos incluso la confianza en la humanidad y en el progreso.

El “terrible 1991” vino a coronar una crisis endémica y señaló la fin de una epopeya secular. La muerte del PCI y de la URSS fue la experiencia destructiva para la cultura política de las regiones rojas. Los acontecimientos de aquel año dejaron precipitar la situación de declino que había empezado algunos años antes.

La crisis de la subcultura roja como de la blanca, que se hundió definitivamente en aquellos años, fue causa y consecuencia al mismo tiempo de la crisis del sistema político italiano, la fin de la Primera Republica. El sistema italiano, basado también en sus dos poderosas subculturas, reproducía el conflicto Este/Oeste,

reflejando esperanza o medo del comunismo. La supervivencia de ambas subculturas ha sido la confirmación de este escenario.

De la subcultura roja se puede decir lo que Enrico Berlinguer decía del PCI, es decir que era “revolucionaria y conservadora” al mismo tiempo, garantizando durante mucho tiempo la estabilidad del sistema. Perdiendo sus reglas de comportamiento et sus antiguas certezas y perdiendo finalmente si misma, la subcultura roja a contribuido al derrumbe de la Primera Republica.

La caída del Muro de Berlin cambió el sistema de partidos que existía de la posguerra.

## **7. Que queda?**

Que ha pasado en estos veinte años? Que queda de una antigua subcultura? El ocaso de la subcultura roja ha sido lento, pero irresistible.

Los herederos del PCI han renegado rotundamente a su partido. Cambiando dos veces el nombre: antes lo llamaron Partido Democratico di Sinistra, después Democratici di Sinistra. Finalmente, uniendo sus fuerzas con una parte de los herederos de la Democracia Cristiana, han fundado en 2007 el Partido Democrático.

Además las reformas electoras que han afectado el sistema italiano de 1993 hasta 2006, introduciendo elementos de mayoritario, han obligado grupos y partidos de diferente origen y con diferente historia a formar coaliciones. Los herederos del PCI han sido en las regiones rojas el eje de todas las coaliciones electorales de centro-izquierda sea a nivel local, como a nivel estatal. Estas coaliciones han ganado casi todas las competiciones electorales, confirmando una orientación político-electoral que tiene lejanas orígenes.

La coaliciones sin embargo no tienen, inevitablemente, mucha coherencia ideológica.

Los cambios de nombre y las diferenciadas candidaturas a alcalde o a diputado han desilusionado a una parte del potencial electorado. El constante aumento de la abstención sigue señalando un profundo malestar, siendo la masiva participación electoral uno de los componentes de la cultura política regional. Además, otra

parte de voto se dirige a pequeñas listas locales o a partidos menores, incluida por supuesto Rifondazione Comunista que recoge los residuos nostálgicos o ortodoxos, pero incluida también en las recientes elecciones la *Lega Nord*.

De seguro, la experiencia electoral de quince años nos indica que el centro-derecha tiene escasa posibilidad de ofrecer una alternativa al centro-izquierda en las que eran las regiones rojas, con algunas raras excepciones.

La opción de voto tiene sin embargo muchas motivaciones: el juicio positivo sobre los gobiernos municipales y regionales, el aprecio de las candidaturas, la inexistencia de una válida concurrencia. Pero estas son motivaciones instrumentales, mientras la tradición juega un papel menor.

Los viejos son fieles, los jóvenes mucho menos. Las investigaciones nos dicen que la generación que llegó a votar en los años Noventa tenía todavía obsequio frente a la tradición de sus familias, frente a la postura de los abuelos. Pero los abuelos mueren y la generación del nuevo siglo no tiene ni quiere puntos de referencia. La familia ha devenido una débil agencia de socialización política.

Resumo, concluyendo.

“El” partido ha desaparecido de 1991. El Partido Democrático, la última creación, tiene todavía que ser construido y, de todas formas, no tiene el rojo como su color. El sindicato más fuerte es el sindicato de los jubilados (los abuelos de antes). Las estructuras de la subcultura existen en el papel. Las casas del pueblo han devenido definitivamente lugares de exclusivo divertimento, tal vez han sido vendidas a privados, pasando, como alguien dice “del comunismo al consumismo”. Las cooperativas son empresas que están en el mercado, obedeciendo a una lógica capitalista. El contenido de las fiestas de *l'Unità* lleva muy poco de político.

La principal clase social de referencia, los aparceros, ha desaparecido. Con ella han desaparecido valores, relaciones sociales y formas de lucha política.

El antifascismo es un recuerdo lejano. Los jóvenes no se ocupan de política.

Entonces, que queda?



Queda una forma de identidad comunitaria y territorial. Quedan además formas de solidaridad, incluida la que se explica frente a los nuevos inmigrantes, a pesar que la integración de tantas y tan diferentes etnias es más complicada hoy día de lo que fue ayer integrar en los años Sesenta y Setenta a los inmigrantes que venían del Sur de Italia.

Y, finalmente, existe un amalgama fuerte, aún negativo: el rechazo total de Berlusconi. Eso vale para los viejos como para los jóvenes, para los antiguos comunistas como para los que se interesan poco de política. El fenómeno Berlusconi es completamente extraño a la cultura política de estas regiones, especialmente en Toscana. Eso puede explicar por qué la agonía de la subcultura roja, a diferencia de la blanca, ha sido lenta así como la transición de la Primera a la Segunda República italiana sigue siendo larga.

Pero si esta actitud – palabra central en cualquier concepción de cultura política– es su última herencia, se entiende bien que, cuando Berlusconi saldrá de la escena política italiana, la subcultura roja será verdaderamente difunta.